

AMERICA DESCUBRIO EUROPA

Por
Alejandro Carrión

-No, por favor, no nos venga con semejante legumbre. Todos estamos enterados de que Cristóbal Colón descubrió América...

-Ni eso, estimado amigo, es exacto. Antes de que los europeos llegaran a América, los indios americanos habían llegado a Europa. Y, en cuanto a que Colón fuese el primer europeo que vino por acá...

-Mire, si usted está en contra de Colón...

-No, no estoy en contra de Colón. Todo lo contrario: el navegante es una de mis debilidades: lo prueba el odio gratuito que le tengo a Armérico Vespucio. Pero América fue descubierta por un monje...

-¿Por un monje? Déjese usted de bromas, joven...

-Lo siento mucho, distinguido señor, pero la verdad, que es desnuda y, como usted lo sabe, horrible, obliga a aceptar que el primer europeo que llegó a América fue un monje Irlandés, llamado Brandan, nacido en 484, quien se dio al desmedido cultivo de la navegación y en unas naves parecidas a las que salen en las tiras gráficas del "Príncipe valiente", en las dominicales de los días y en otros infundios pseudo vikingos, llegó a América en el remotísimo año de 545...

Abandonándose a los constantes y azarosos devaneos de la Corriente del Golfo, el monje Brandan arribó primero a las islas Feroe, luego a Islandia y más tarde a Groenlandia. Por cierto que fue el primero que puso los pies en esa tierra, lo cual le dio derecho a bautizarla. La llamó como ahora se llama, porque cuando la visitó era tiempo de primavera y cerca de la playa se dejaban ver algunas verdes praderas: por lo demás, usted está en lo cierto, esa tierra es durante casi todo el año una espantosa blancura de nieve habitada por osos blancos...

Y bien: de Groenlandia el monje Brandan hizo lo que usted y yo habríamos hecho: preso por mil, preso por mil quinientos. Ya que estoy en Groenlandia, de una vez me voy para Nueva York. Y para allá se fue. Cuando llegó a la urbe multitudinaria, no la encontró: en su sitio preciso, como ya era tiempo de invierno, había una isla cubierta de nieve, sobre la cual no se paseaban melancólicos y filosóficos pingüinos con las manos en los bolsillos del frac, sencillamente porque a esa latitud del continente ya no hay pingüinos. La historia agrega que "en esa primera parte del viaje es muy probable que Brandan disfrutara de los monzones, vientos que soplan seis meses en una dirección y seis meses en otra" .

Siempre en brazos de la Corriente del Golfo y disfrutando de los monzones, el monje Brandan regresó a Irlanda, tras una ausencia de cinco años y como es la pura verdad que en la repetición está el gusto, en 551 repitió el viaje, pero ya no perdió tiempo en verificar si Groenlandia hacía honor a su nombre groe en islandés quiere decir verde, sino que rumbó directamente a esa tierra que los ingleses insisten en llamar Newfoundland, siendo mucho más fácil llamarla Terranova, como la llamamos nosotros. Pero como allí todavía era excesivo el frío, se fue a pasar una temporada en la Florida, donde la rica primavera coronaba de cerezos los corazones. Bueno: los cerezos fueron traídos desde el Japón a los Estados Unidos después de la fundación de Washington, para embellecer las orillas del Potomac, pero ustedes me perdonarán el anacronismo en gracia de lo linda que me salió la frase. Reconfortado. con el buen clima, el siempre móvil reverendo se volvió a Irlanda, y de allí marchó a las islas Feroe, donde empleó sus últimos años escribiendo sus memorias.

Sumidas en el más absoluto olvido, esas memorias, guardadas en una caja de piorno, herméticamente sellada, no pudieron incorporarse oportunamente a la historia universal, en primer

lugar, porque no se sabía que existieran y en segundo, porque estaban escritas en caracteres rúnicos, que prácticamente nadie sabía leer. El alfabeto rúnico fue usado por los antiguos escandinavos y germanos y lo componían veinticuatro signos vilmente plagiados del griego. Aun en ese tiempo eran muy pocos los que los entendían, pues por entonces el analfabetismo estaba muy arraigado y extendido en tan ilustres naciones. Un gentleman llamado Ernest Gagel leyó las olvidadas memorias del monje Brandan y las publicó recién en abril de 1951: supimos entonces el nombre del primer descubridor europeo de América... quien realizó su hazaña justamente mil años antes de Colón.

--.--

-No me gusta nada el que usted diga eso de "primer descubridor europeo de América", porque me parece que usted planea siniestramente salir con que hubo otros descubridores no europeos antes de Colón... y, lo cual es peor, me parece que su maldad lo lleva a insinuar que hubo "descubridores" que no eran europeos...

-Algo de eso hay, distinguido señor, y no es maldad ni plan siniestro, sino simplemente profundo conocimiento de la historia... Nosotros, los sabios, no somos malvados ni siniestros, eso es cosa de las infectas películas de ciencia ficción. Los sabios somos solamente servidores de la Verdad que, como usted sabe...

-Sí, ya sé, es "desnuda y horrible". Por favor, no me lo repita...

-Bien, bien, no se impaciente. Vea usted cómo son realmente las cosas. El reverendo Padre Brandan no fue, ciertamente, el único europeo que descubrió América antes de Colón. Un tal Erie el Rojo, que tenía la detestable costumbre de asesinar a sus vecinos, perseguido por la justicia que no aprobaba su comportamiento, zafó de Noruega para Islandia. Allí, seguramente para combatir el frío, siguió asesinando vecinos a sangre fría, y encontró la misma desaprobación de parte de la justicia, por lo cual hubo de darse a la mar y ya en brazos de la Corriente del Golfo, que no es amiga de innovar, recorrer el mismo calvario líquido que el monje Brandan. Tal viaje tuvo lugar en 983, año en el cual llegó a Groenlandia. No nos han dicho si la encontró verde o blanca: parece que su color hubo de importarle un pepino. Regresó a Islandia, reclutó regular tropa de desesperados y suicidas y con ellos, acomodados en veinticinco barcos, de los cuales naufragaron once, volvió a la helada tierra del norte, donde inició una espantosa empresa de colonización.

-El hijo de Eric, llamado Leif el Dichoso, viajó a Noruega con el fin de solicitar el permiso legal para exportar un obispo con destino a Groenlandia, y obtenido que lo hubo así lo hizo, sin que hubiese mayores dificultades con la aduana. Al llegar a su destino, se encontró con la noticia de que un islandés llamado Bjarner había viajado muy hacia el sur, volviendo con la noticia de que por allá, por la península del Labrador, había una tierra muchísimo más verde. Leif resolvió llevar a su obispo y a su gente a esa verdura, y el año 1.000, justamente cuando en Europa andaban con el embeleco de que se acababa el mundo, siguió las huellas del Padre Brandan sobre las anchas olas y llegó, en efecto, al Labrador, donde se establecieron dando a la nueva tierra el nombre de Hellulandia. De ahí, tras tomar aliento, siguieron al continente, descubrieron el Canadá, país al cual dieron el nombre de Marilandia, en homenaje a la Santísima Virgen María, Stella Maris, que los había protegido tan celosamente. Y como todo es comenzar a bajar, siguieron bajando, hasta llegar a un país cubierto de bosques al cual llamaron Vinlandia: los gringos sospechan ahora que se trata del Estado de Minnesota.

En Vinlandia estuvieron viviendo mucho tiempo. Fundaron colonias, llenas de poblados y factorías y llevaron, desde luego, desde Noruega, muchos obispos más, estableciéndose en Nueva York, Nueva Jersey y Nueva Escocia, sin tener la más mínima sospecha de haber descubierto América ni de hallarse en el nuevo mundo. Algunos de ellos cruzaron el continente hacia el Far West, columbrando oscuramente el futuro oro de California. Entre 1330 y 1387 la empresa, mantenida ya cerca de cuatrocientos años, fue muy bien, pero de pronto les sobrevino una epidemia, acaso la viruela negra, y se murieron... Así, sencillamente, se murieron. La única huella que de su hazaña se conservó en Europa fueron algunos inexactos y vagos relatos escritos en

alfabeto rúnico, que permanecieron sin descifrar hasta 1725, año en el cual los leyó correctamente un desdichado ciudadano noruego llamado Thormod Torfasson, quien justamente entusiasmado con lo que acababa de saber, salió a las calles a difundir la asombrosa noticia de que Colón no había descubierto América, razón por la cual lo creyeron loco y lo metieron a un manicomio donde, puntualmente, le aplicaban por las mañanas la ducha helada y por las noches, para que duerma bien, lo vestían con una confortable camisa de fuerza. Recién en 1898, cuando ya Torfasson dormía, sin camisa de fuerza, un siglo de sueño eterno, vino en su auxilio un gringo llamado Hjalmar R. Holland, descendiente de vikingos e interesado en la formidable historia de su formidable raza, quien, escarbando el suelo de Minnesota en busca de petróleo, halló una piedra redonda, cubierta de inscripciones rúnicas, llamada la Kensington Stone, en la que se contaba la historia de cinco godos y veintidós noruegos que vivieron por allí en 1355. Posteriormente se hallaron diez piedras más, con inscripciones igualmente rúnicas, que contaban cosas parecidas y en Newport se encontró, de yapa, las ruinas de una iglesia vikinga. Ya no se pudo argumentar en contra y el crédito de Colón se fue para Barranquilla...

Por último, en 1937, investigadores del folclore yanqui pudieron comprobar entre los atribulados descendientes de Pocahontas que existía una sólida tradición acerca de una tribu de rostros pálidos, muy antigua, a la cual, a consecuencia de haber escaseado las provisiones por causa de un invierno muy riguroso, se vieron en la dura obligación de comérsela asada. Se supo así el horrible fin que cupo a los desdichados descendientes de Leif el Dichoso.

-Pero usted dijo que había descubridores de América que no eran europeos...

-Sí, estimado señor, lo dije y lo mantengo. Hay quienes afirman que en 499 un chino llamado Hui Sien descubrió América y predicó, sin ningún éxito, el budismo entre los indios... Pero esta es otra historia que no tiene aquí cabida, pues sólo nos interesan por hoy los europeos que descubrieron América antes de Colón y, además, no creemos conveniente insistir en eso del chino porque nos da el pálpito de que bien puede ser un cuento chino, aun cuando nos lo quieran probar comparando las pinturas de Bonampak con las de las pagodas chinas.

-Sí, claro, ya que nos ha colocado usted tantos cuentos noruegos, hace bien en ahorrarnos un cuento chino. Pero... ¿no decía hace un momento que los indios americanos descubrieron Europa antes de que los europeos, vikingos o no, descubrieran América? ¿Olvidó ya con cuanta fanfarronería ofreció probármolo? -No, estimado Zoilo, no lo olvidé y la mía no fue una fanfarronada. Quise, antes de llegar a éste mi final propósito, demostrarle que la costumbre de descubrir América estaba muy extendida entre godos, noruegos y más vikingos de los siglos V al X... Y ahora, óigame con calma, que no tiene nada de noruego el cuento que le voy a contar.

Pomponio Mela, ilustre escritor romano, nacido cerca de Calpe, en la Hispánica Bética, compuso allá por los años 43 o 44, bajo el dominio de Calígula un emperador romano de la peor calidad, que adquirió alguna notoriedad gracias a una película gringa muy mala por cierto y a un drama de Camus, muy bueno por cierto un tratado de geografía universal, el primero que se escribió en lengua latina, titulado "De Corographia", repartido en tres libros. Allí, precisamente en el capítulo V del libro III, nos da la asombrosa noticia de que los indios americanos descubrieron Europa antes de que ningún europeo, vikingo o no, soñara con el camino líquido hacia América. Y lo corrobora nada menos que Plinio el Viejo, cuyo nombre verdadero es Cayo Plinio Secundo, a quien sus contemporáneos llamaban "el viejo" para distinguirlo de su ilustre sobrino Plinio el Joven, a quien daban este nombre primero porque era ostensiblemente más joven que su tío Plinio el Viejo y segundo porque les resultaba muy largo llamarlo Cayo Plinio Cecilio Secundo, que era como en realidad se llamaba. Pues bien: Plinio el Viejo, en el capítulo XLVII del Libro II de su "Naturalis Historiae", afirma, concordando con Pomponio Mela letra por letra, que el año 62 antes de Cristo, una embarcación de forma extraña y nunca vista, conteniendo hombres cobrizos de atuendo extraño y nunca visto, que hablaban un desconocido idioma extraño y nunca oído, llegaron a las costas bálticas de Germania, nombre que entonces daban a Alemania.

Esos hombres eran nada menos que los indios americanos que acababan de descubrir Europa. El lamentable atraso de los estudios geográficos y etnológicos en que se hallaba el Imperio Romano por entonces y la total ignorancia que por ahí se tenía de los idiomas autóctonos americanos, hizo que los romanos no se dieran cuenta del extraordinario y glorioso acontecimiento que estaban presenciando, y que, en lugar de la recepción triunfal que la hazaña exigía, echaran mano a los ilustres e intrépidos navegantes y los llevaran al mercado de esclavos más cercano, donde los adquirió por muy módico precio el patricio Metelo Celere, entonces Procónsul de las Galias. Es indispensable hacer constar aquí que esos indios, descubridores de Europa dos mil cuarenta y siete años antes de que Colón descubriera América, fueron los primeros de su raza en hablar latín.

¿Estamos?

Queda, pues, demostrado: a) Que no fue Colón el primer europeo que descubrió América y b) Que los indios americanos descubrieron Europa dos mil años antes de que los europeos hicieran tal cosa con América.